

nantes órdenes de su soberano, dirigidas á que visitase personalmente al emperador de Méjico.

En aquellos momentos en que mas obsequioso se manifestaba con los mensajeros mejicanos, entraron á decirle que llegaba el general Jicotencatl, acompañado de sus mas ilustres capitanes y caciques, en actitud de paz y sin ejército.

La noticia llenó de alegría al ejército español, pues llegó, como dice Bernal Diaz, «en tiempo en que estaban los soldados muy flacos y trabajados». Hernan Cortés les recomendó que disimulasen su justo y natural contento, para no dar á entender que estaban cansados de la lucha.

Comprendiendo que la advertencia era conveniente, se dirigieron los soldados, ocultando el intenso regocijo que bullia en sus pechos, á saber por sí mismos si se habian engañado los que dieron la noticia.

Pronto vieron que era realidad lo avisado.

Varios nobles caciques y capitanes tlaxcaltecas con capas ó mantas, mitad blancas y mitad coloradas, se dejaron ver á corta distancia del campamento. Era la divisa ó librea de la casa Jicotencatl.

La ansiedad de los españoles crecia á medida que se aproximaban.

Pocos instantes despues, los nobles tlaxcaltecas penetraron en el real castellano. Eran cincuenta distinguidos guerreros, al frente de los cuales iba el mismo Jicotencatl.

Los ojos del ejército español se fijaron en el valiente general que con esforzado aliento les habia disputado el paso obligándoles á detenerse en aquel sitio.

La presencia de Jicotencatl correspondia á su valor. Era de treinta y cinco años de edad: alto y bien formado; de ancha espalda y elevado pecho; de cara larga y abultada; de aspecto grave, pero noble; franca la mirada; espaciosa la frente, y grandes y negros los ojos. En su constitucion muscular vigorosa, se revelaba su fuerza y su actividad. Carecia, como todos los indios, de barba; pero no por eso era menos imponente y varonil su rostro.

Los soldados españoles le miraban con el afecto que inspira siempre un general valiente contra el cual se ha combatido. Jicotencatl se presentó en el campamento con dignidad, pero sin orgullo, como el hombre que tiene la conciencia de lo que vale, y se dirigió, con paso firme y resuelto, á la tienda en que se hallaba Hernan Cortés, no con el aire humilde del vencido que va á proponer la paz, sino con la entereza del que está dispuesto á continuar la guerra.

Al presentarse en la estancia en que se hallaba el jefe español, le saludó con las ceremonias usadas entre aquellas naciones, tocando el suelo con la mano y llevándola luego á la boca, incensándole en seguida, lo mismo que los principales nobles que le acompañaban.

Hernan Cortés, viendo en Jicotencatl no solo al embajador de una poderosa nacion, sino al bravo general que estuvo á punto de alcanzar la victoria, le dijo palabras altamente lisonjeras, y demostrándole distinguido aprecio le hizo que se sentase á su lado. Jicotencatl expuso entonces el objeto de su embajada, con la lealtad y franqueza de un noble guerrero. Dijo que, amante de la independencia de su patria, jamás sujeta por nacion ninguna, se

habia puesto al frente del ejército para combatir contra los extranjeros que el senado, lo mismo que él y la república entera, juzgaron enemigos, al verles penetrar en el país acompañados de algunos guerreros mejicanos de la guarnición de Xocotla. Manifestó que temiendo que la solicitud del paso por Tlaxcala fuese una astucia de Moctezuma para vencer mas fácilmente, se negaron á ella, porque en la duda, mas conveniente es á la salud de la patria una negativa precautoria que una concesion sin exámen. Lejos luego de tratar de disculparse por el último asalto dispuesto, declinando sobre otro la responsabilidad, expuso, sin rebozo, que él era el solo responsable de aquel hecho; que habia desobedecido las órdenes del senado, creyendo que estaba en su deber hacer otro esfuerzo en defensa de la libertad de la patria; pero que, convencido de que no existia doblez ninguna en la solicitud de los españoles, venia á ofrecerles la paz en nombre del senado, con la misma verdad con que les habia hecho la guerra. Añadió que las derrotas sufridas le inclinaban á creer que los hombres con quienes hablaba eran los que estaban anunciados en sus profecías que llegarían del Oriente á gobernar el país entero; que esperaba, por lo mismo, que harían buen uso de la victoria, respetando la libertad del pueblo tlaxcalteca, el cual desde aquel momento reconocia por soberano al monarca de España, para ponerse bajo su amparo contra el poder de Moctezuma. «Si los españoles nos han encontrado terribles en la guerra, dijo con sincero acento, nos hallarán fieles amigos en la paz: las armas que se han cruzado para herirse, se unirán para combatir al imperio mejicano. El senado os espera en la capital,

donde sereis recibido con vuestro ejército, con el sincero afecto de la amistad».

Al terminar la anterior alocucion, ordenó á los criados de su comitiva que pusiesen ante Cortés el presente que en señal de paz y de amistad llevaban. Consistia en algunas alhajas de oro, de muy poco valor, varios mosaicos de plumas y diversas telas de algodón. «El regalo, dijo con afabilidad, es de muy poco valor. La república no tiene plata, ni oro, ni piedras preciosas, ni telas de algodón. Las pocas alhajas que poseíamos, han sido regaladas á los emperadores mejicanos en las treguas de paz celebradas algunas veces: somos pobres; carecemos hasta de sal, porque los mejicanos impiden que la introduzcan en nuestro suelo; pero somos ricos en lealtad hácia nuestros amigos y en amor á la patria. Recibid, pues, el presente, no por el valor intrínseco de los objetos, sino como muestra de la voluntad de la nacion que, por mi mano, os lo envia».

Hernan Cortés, cautivado de la franqueza de Jicotencatl, y apreciando, como valiente, el valor de los demás, le contestó con expresivo acento: «Lo recibo con sumo placer, por el aprecio que representa; pues viniendo por vuestras manos y de la valerosa nacion tlaxcalteca, lo estimo en mas que todo el oro que pudiera enviarme cualquiera otra potencia».

La respuesta era digna del general que la daba y del intrépido jefe que la recibia. Ella envolvía un justo elogio hácia sus antiguos contrarios, y una delicada manifestacion de lo mucho en que estimaba la alianza de los nuevos amigos. Se hubiera dicho, á haber sido pensada la respuesta, que entrañaba la intencion de marcar que, con la

union de la república, esperaba alcanzar el oro y las riquezas que ostentaba el imperio de Moctezuma. Pero no fué dicha con esa intencion, aunque los resultados llegaron á estar en armonía con la interpretacion que pudiera darse á sus palabras. Respecto á la invitacion de que pasase á Tlaxcala, dijo que iria cuando hubiese despachado á los embajadores mejicanos que se encontraban en el campamento, enviados por Moctezuma para arreglar algunos negocios. Aunque se habia manifestado agradecido á la resolucion del senado, reconociendo por soberano al rey de España, no por esto quiso dejar de manifestarse quejoso de algunos de sus actos pasados. Habia penetrado en el terreno tlaxcalteca en la seguridad de que seria bien recibido, puesto que llegaba con los cempoaltecas, constantes amigos de la república. El senado le habia dicho que podia llegar á Tlaxcala; y sin embargo, se vió acometido por numerosos escuadrones de guerreros, cuando él caminaba tranquilo, confiado en las seguridades dadas por un gobierno. Se le habia asegurado luego, por unos mensajeros, que el ataque fué dado por aislados escuadrones que ignoraban la disposicion tomada por los gobernantes; y á pesar de esto, se le volvió á dar guerra varias veces. Pero todo lo pasado lo daba al olvido. Admitia la paz y la amistad; pero les recomendaba que fuesen firmes en ésta, como lo esperaba, para no verse en el terrible caso de destruir la capital y los importantes pueblos de un país cuyos habitantes le eran altamente apreciables.

Sintió Jicotencatl que Cortés retardase su marcha á la capital. Temió que su retardo reconociese por origen la desconfianza, justa, si se quiere, por la conducta pa-

sada que observó el senado; y queriendo mantener el buen concepto de leal y franco que correspondia á su elevado carácter, contestó que la amistad prometida solemnemente por él, seria inquebrantable. Luego, para desvanecer la mas ligera sospecha que pudiera abrigarse de la sinceridad de la oferta del senado, dijo que él, lo mismo que todos los nobles que le acompañaban, quedarian en rehenes, como garantía de la lealtad ofrecida.

Hernan Cortés leyó en aquel rasgo noble, digno de un alma elevada, la verdad de sus palabras, y se manifestó agradecido. Queriendo dejar satisfecho al bravo general tlaxcalteca, dijo que la mejor garantía de la paz convenida y de los ofrecimientos hechos por el senado, era su sola palabra. Repitió que su detencion no reconocia otro motivo que la precision de atender á los asuntos presentados por los embajadores mejicanos; pero que, en el momento que terminase aquel negocio, marcharia á la capital.

La contestacion de Cortés satisfizo al jefe tlaxcalteca y se levantó de su asiento, dando por terminada su mision. Hernan Cortés le acompañó hasta la puerta, le estrechó la mano y le ofreció su amistad.

Jicotencatl, acompañado de su lucido séquito, salió del campamento español, dejando una grata impresion en los soldados castellanos, y se dirigió á la capital á dar cuenta al senado del resultado de su embajada.

La paz entre los españoles y tlaxcaltecas estaba hecha. La guerra, en que varias veces estuvo á punto de fracasar la expedicion con la muerte de todo el ejército, habia terminado. La constancia de Cortés habia triunfado de los obstáculos presentados por los guerreros de la república,

la naturaleza y las disidencias de los descontentos. Los españoles volvían á aparecer ante los ojos de la nación tlaxcalteca, que al emprender la lucha les creyó vencibles, con el prestigio con que aparecieron por la primera vez en las playas mejicanas. Cada soldado castellano parecía defendido por una deidad tutelar que le hacia invulnerable, preservándole para cooperar á un noble y elevado fin. El bravo Jicotencatl y sus valientes compatriotas no podían explicarse de otra manera el haberles visto salir triunfantes de las reñidas batallas en que debieron ser víctimas.

El general tlaxcalteca dirigió una mirada hácia el campamento español, al irlo á perder de vista, preocupada su imaginación con la elevada idea que tenia formada ya de los extraordinarios extranjeros que en él se hallaban.

Los soldados españoles, que le veían alejarse, volvieron á sus alojamientos, al ver desaparecer en el horizonte las capas blancas y rojas que flotaban en los hombros de los nobles que acompañaban al distinguido guerrero.

## CAPITULO XXXII

Los embajadores mejicanos aconsejan á Cortés que no acepte la invitación de los tlaxcaltecas.—Cortés les ofrece permanecer seis días en el campamento.—Escribe á la Villa Rica todo lo acontecido.—Abundancia de víveres en el campamento español.—Desinterés de los tlaxcaltecas con los españoles.—Nuevos enviados de Moctezuma con regalos para Cortés.—El senado de Tlaxcala pasa á visitar á Cortés á su campamento y le suplica que pase á la capital.—Cortés les ofrece pasar al siguiente día.

La fortuna parecía encargada de dirigir las cosas en favor de Cortés. La embajada mejicana llegada en los momentos en que el senado de Tlaxcala desistía de la lucha, y la presencia de Jicotencatl ofreciendo la paz y el reconocimiento á España cuando los mensajeros de Moctezuma se hallaban presentes, produjo un efecto doble, favorable al jefe español. Los enviados mejicanos